

Algunos han muerto y no han llegado a saber cómo era la vida afuera

Pedro Paredes

ME LLAMO PEDRO MANUEL PAREDES, tengo 78 años, cerca de cumplir 79. Nací en Sigchos, provincia de Cotopaxi y tengo cinco hijos. Uno de ellos ya falleció. Mi padre y madre también fallecieron hace 40 años, mis dos hermanas viven por el sur de Quito.

Sobrevivo aquí haciendo de todo un poquito. Cuando podía, trabajaba en la agricultura, en el campo. También a veces ayudaba a los albañiles en las construcciones. Ya después me puse grave y tuve que dejar estos trabajos. Todo se acabó. Los trabajos que yo hacía se los dieron a otras personas. Lamentablemente, ahora no puedo trabajar, ya estoy un poco inutilizado y llevo dos años y ocho meses en procesos de diálisis. Este tratamiento no me lo hacen aquí. Tienen que llevarme a otro hospital. De aquí me llevan a veces en ambulancia y de ahí me traen de vuelta. En ese aspecto, me ha favorecido mucho estar en el hospital. Voy todos los martes, jueves o sábados por la tarde.

Vivo aquí ya desde 1971. Llegué de 36 años. Recuerdo que, en aquellos tiempos, había una campaña nacional buscando pacientes con Hansen en el campo, sobre todo. Entre esas personas se encontraron conmigo. Coincidió con que en aquellos años también estuve sumamente mal. Viviendo en el campo, donde no se puede conseguir medicina, nos curábamos sólo con

80 hierbas. Yo usaba hojas de los árboles, por ejemplo, las hojas de aguacate, de la chirimoya, albahaca, melones, borrajas. Cuando había oportunidad de comprar, salíamos a un recinto cercano. Había allí una tiendita donde vendían las pastillas que se llamaban Mejoral. Ésas me iba a comprar, o el mentol chino también. Con eso me curaba. Las heridas, las llagas que se me hacían, sólo me las limpiaba con agua de matico, una planta. Así nos curábamos, no había ninguna crema o pomada. Ésa era la rutina del enfermo antes de venir acá.

El director nacional de esa campaña personalmente me trajo acá. Un doctor Arroyo. También había un amigo donde yo trabajaba y él me ayudaba con mis problemas de salud. Iba por todos lados tratando de encontrar cura. Haciendo esfuerzos, trabajando mucho, hasta que llegó un día que me puse muy grave. Me dijo entonces mi señora: “Ya no respondes bien al trabajo, mejor quédate en casa. Vete a buscar un médico que te cure”. Con esta enfermedad a veces es peligroso contagiar a la familia, a los amigos, a los vecinos. Todos teníamos miedo del Hansen porque sabíamos que era contagioso. Así que toda la gente que conocía, y mi familia misma, me dijo: “Ya no puedes vivir con nosotros, ve a buscar la cura en un hospital y cuando estés sano, regresas”. A donde fuera, no me querían dar posada, por miedo a contagiarse. Habían corrido los rumores. Cuando salía al pueblito cercano por cualquier necesidad, tenía que pedir posada en alguna casa, pero ya no me querían dar. Apenas y me daban un lugarcito en el corredor, en la vereda de la casa. Ahí me acomodaba con un puñado de paja y, cuando encontraba, con charquillo. Incluso, a veces, me daban cobijas en las que dormía el perro. Y así amanecía, sentado, esperando para levantarme e irme. Ésa era mi rutina durante el tiempo que viví allá. Cuando llegué aquí, al menos ya tenía un techo para cubrirme.

Había entonces 60 personas. Había pabellones arriba y abajo. Todo estaba ocupado por pacientes. Como vine tan grave, me tuvieron que poner suero y pasé casi todo un año consumiendo sueros y pastillas. Pasé un año en cama; ya no podía levantarme. Una monjita me venía a dar las pastillas y me decía: “Levántese”. Me obligaba a sentarme, me hacía tragar las pastillas y me ponía la taza de agua cerca. Tenía como dos mangueras de suero en el brazo día y noche. No tenía descanso para nada. Luego, empecé a levantarme de a pocos. Paso a paso caminaba, hice de bastón un palo de escoba. Empecé

a caminar por los corredores y así, poco a poco me iba curando. Cuando estuve mejor, pero con poquita fuerza, me daban ganas de ver a los compañeros, de conocer dónde trabajaban. Me daban ganas de pedir una pala y también yo ponerme a trabajar la tierra. Sólo luego pude trabajar, y así seguí hasta que empecé a salir a la calle, cuando aún estaba permitido salir.

Empecé a trabajar en las vecindades de por acá. Preparaba terrenos para sembrar e incluso me iba al terreno con el doctor Garzón, que era mi médico tratante. En la comunidad me llamaban para trabajar. Las vecinas del hospital también me llevaban a trabajar y me ganaba mis centavitos. De a poco fui rehaciendo mi vida solito. Cuando llegué, pensé que no lo lograría. Para mí era todo desconocido, muy distinto. Llegaba a una casa desconocida, con gente desconocida. No había ni un solo amigo con quien hablar. Así, despacio, de a poquito, iba conversando con el uno, con el otro. A medida que me iba haciendo fuerte, empezaron a darme trabajitos en el hospital, pasando comida, haciendo el aseo, barriendo los corredores, comprando cosas para los pacientes que estaban en cama. Ayudándoles con cualquier cosa que ellos necesitaban. Como que uno va familiarizándose con este sitio y con la gente como si fuera un niño.

No se conoce ni la historia del sitio. Había una placa en una de las oficinas que decía que la inauguración del hospital había sido el 27 de febrero de 1925. Ahí empezaron a llegar los pacientes de a poco. En esa época había otro hospital en Pifo, al norte de Quito. Traían a los pacientes de allá para acá. Tuvieron que mejorar las vías también. Porque en esos años había mucha gente enferma y moría por falta de atención médica y de medicinas. Yo mismo, por suerte, pude contar con ese señor con el que yo trabajaba. Me ayudaba y también él fue quien le avisó al doctor que yo estaba bien mal en la casa. Él dijo que no era justo que yo contagiara a la familia. Entonces ese doctor me sacó inmediatamente de mi casa. En esos años había muchos enfermos por todas las provincias de Ecuador y venían aquí. Por eso crearon este hospital. El señor presidente Isidro Ayora lo terminó. Pero cuando yo llegué, ya estaban construyendo estas casas. Yo llegué a esta casa que aún estaba por terminarse, así como ésa de enfermería que está cerca.

Uno llega aquí solo y despojado de afecto. Pero el trato sí era bueno. El personal del hospital, el grupo de enfermería, me llegaron a querer. Ellos me han ayudado con un bocado de comida o cualquier cosa que he necesitado



cuando he estado en cama. Comparado a lo que yo viví en el campo, aquí me siento más conforme. Todos somos amigos, con todos me llevo bien.

El servicio médico era bueno. Las visitas de chequeo eran pasando un día. Me visitaban, me veían cómo estaba, me examinaban para ver qué es lo que tenía, y según veían mi estado de salud, me dejaban los medicamentos. El grupo de enfermeras sí se preocupaba, me dieron buen trato y gracias a eso pude levantarme de la cama y seguir viviendo. Porque de lo contrario yo me hubiera muerto. De las 100 personas que he conocido aquí, se han muerto o se han ido unas 20 o 30.

Había un amigo que se llamaba Floresmilo. Salió de aquí y se fue a ver su trabajo. Él vive todavía. Amigos se han ido. Y aunque son compañeros, yo sí considero que son una nueva familia. Porque con ellos he vivido, a ellos les tengo confianza y nos ayudamos de una u otra forma. Por eso cuando han muerto, me ha dolido mucho. Una de las cosas que más me ha dolido es que llegamos aquí con determinadas molestias y algunos han muerto y no han llegado a saber cómo era la vida afuera, después de la enfermedad. Uno sigue viviendo y sabe que algún día lo mismo le pasará. Durante los años que pude trabajar, vi a algunos compañeros morir. Los veía irse después de haberlos ayudado por un tiempo a hacer cosas como vestirse, o llevándoles ropa, o alguna cosa que necesitaran. Es decir, después de que llegaba a conocerlos. Duele ver cómo la vida le es arrancada a un compañero.

Siempre fui trabajador, trabajé desde los diez años. Salía a las vecindades, a las fincas de molienda de caña, de ahí salía bien contento porque ganaba 50 veces más de los sueres —la moneda que había antes en el país— que ganaba en otro lado. Pero, claro, también trabajaba las 24 horas. Era un trabajo durísimo. Así me aguanté desde los diez años. Iba de casa en casa, a trabajar con el machete, a llevar ganado y a cultivar la caña. En el campo hay muchísimas cabañas para sembrar la caña, plátano, el maíz, pasto para los animales. Entonces hay diferentes posibilidades de trabajo.

Recuerdo que faltaba un mes para cumplir treinta años de trabajar donde trabajaba, y me trajeron acá. Todo cambió. No pude seguir trabajando. Tenía dolor de huesos, me dolía todito el cuerpo y a veces había dolor y amortiguamiento que no aguantaba y no podía pararme. Tenía que sentarme por una hora hasta que se me pasara. Esa rutina duró desde los 25 hasta los 35 años. Nadie podía dar con el tipo de enfermedad que tenía. Algunas

84 personas que me veían con las manos heridas, la cara hinchada, me decían: “Éste parece un lázaro”. En aquellos tiempos, se llamaba “lázaros” a la gente del campo que tenía lepra.

Cuando tenía 31 o 32 años, estuve por meses en el hospital de Latacunga. Sí me daban buena atención, me curaban, no me dejaban levantarme de la cama, y me daban medicamentos. Aparentemente me compuse, se me cerraron las heridas y dijo el doctor: “Usted ya está bueno, váyase nomás”. Pero un enfermero que me curaba las heridas decía: “Usted va a seguir regresando con lepra, tiene que ir a un hospital, a Quito”. Pero como no conocía, no había tampoco con quién venir. Hasta que me agravé, no podía levantarme y pues terminé aquí. Mi señora salía al pueblo a comprar la comida, los amigos y amigas de ella decían: “Pobre Pedro, está mal, ¿por qué no lo saca de la casa a un hospital, a curarse?” Y cada vez que ella salía, venía con esa noticia y ya no quería salir.

Mis padres tenían su forma de vida, ellos se la pasaban en las fincas haciendo trabajos y se mantenían con la molienda de caña. Ésa era la única fuente de ingresos y yo, aunque era muy pequeñito, tenía que salir a las casas a trabajar. Mi vida fue distinta y ya muy joven no dependía de la familia, yo me sostenía solito. Entonces, yo soñaba con un futuro distinto. Pensaba que, si Dios me daba vida, iba a cambiar de lugar, que iría a trabajar en negocios y pensaba en cómo me transportaría, que no tuviera que caminar mucho —porque yo caminaba mucho, seis o siete horas para salir del pueblo y volver a la casa. Y eso también me afectaba, y ya no podía caminar más. Sentía que me explotaban los pies, como si toda la sangre la tuviera en las piernas y por eso venían los dolores de piernas, de cuerpo. Llegaba muy cansado a la casa.

Para no estar sufriendo solito, quería tener una familia. Pero quizá fue una mala idea o un mal momento, porque casi no pude gozar del cariño de mi señora. El día que me casé tuve que empezar una nueva vida y buscar de dónde sacar más para comer. La señora fue la única mujer que tuve. Era mi vecina, vivía a un kilómetro de distancia de mi casa. Sus papás y sus cuatro hermanos me repetían que me casara con ella. Aparentemente el viejito me quería. Yo creí que iba a vivir feliz con ella. A formar un hogar, a vivir mi vida en otro lugar, pero no resultó. Estuvimos ocho años casados. Tuvimos dos hijos. Luego, cuando salí para acá, la señora se quedó con ellos

y tuvo que trabajar para mantener a nuestros hijos. Y lo que yo pensaba hacer, todo con lo que soñaba, quedó atrás. Lo que tenía por allá se acabó.

Por suerte ella no tuvo la enfermedad, fue sanita. Aparentemente, ella sí me quería. Yo soy mayor que ella por diez años. Ella estaba bien joven cuando nos casamos. Yo ya tengo 78 años, ya no estoy joven. Ella aún sigue joven y vive con mi hijo en casa. Recuerdo que me gustó a primera vista. Trabajaba, igual que todos, en el campo. Con el fin de trabajar más, de tener una compañía que me ayudara, me decía a mí mismo: "Voy a quedarme con ella". Y así sucedió. Los primeros años, íbamos juntos al trabajo. Le ayudaba a trabajar todo el día y en la tarde nos poníamos a cocinar para comer por la noche. Y así la pasábamos. Cuando íbamos a las chacras de molienda, íbamos en la madrugada, para moler la carne y hacer la panela. La pasábamos bien. Cuando ya me puse grave y estuve mal, ella tenía pena, lloraba porque veía que yo ya no podía trabajar. Además, le daban malos consejos: "Usted tiene que sacar a su marido de la casa. Va a contagiarse. Usted va a contagiar a la familia. Ya no sirve que viva con él. Tiene que buscar la forma de sacarlo". Hasta que me sacó, me llevó al doctor y me mandó para acá. De ahí ya empezó la separación. Ella me venía a ver cada año. Durante el resto del tiempo estuve solo. Y la señora también sola con los hijos en el campo.

Actualmente, seguimos casados por lo civil, pero ya no vivimos juntos. No podíamos estar juntos porque ella era sanita. Cuando venía a visitarme, los médicos, la enfermera, no consentían que ella estuviera aquí y de inmediato la sacaban. No permitían que tuviéramos pareja. Cuando ya no pudo regresarse al campo y quería vivir conmigo, no se lo permitieron. Tuve que arrendar una casita por aquí abajo, afuera del hospital, para poder vivir ahí. Ahí estuve como siete años.

Luego compramos un pedacito de terreno por el sur, y ahí hicimos una pequeña casita con el fin de vivir juntos. Apenas logré hacer la pared y el techo, nada más. No había puertas, no había entablados. La hicimos para no pagar el arriendo. Entonces llevé a la señora para que comenzara a vivir allá. Poco a poco, íbamos comprando las puertas, y el resto para que la pudiera habitar. Vivíamos como viven las parejas, pensando que se vive feliz, porque vivir en pareja da esperanza a los dos. Pero hay que tener mucha comunicación, para que funcione la vida del uno y del otro. En ese tiempo en que vino acá, tuvimos otros dos hijos.

Mi desgracia fue trabajar demasiado. Llegué a enfermarme tan feo y tuve que abandonar la tierra donde nació. Tuve que dejar el sitio donde vivía, donde tuve la casa con mis padres y la familia, donde estuve la mayor parte de mi vida y donde hice mi vida. Fue duro dejar eso para venir aquí solo. Las autoridades del hospital controlaban la vida de pareja de los pacientes. A veces, no les gustaba y le ponían peros a la compañía. Obligaban a que las parejas tuvieran que salir del hospital. Eso no era tan humano. Actualmente, a veces sí me veo con mi mujer. Una vez al mes o cada dos meses, pero en una forma distinta, ya no como marido y mujer. Ahora hay una forma extraña. Ya no hay confianza. Ya no se puede pedir un favor, porque ella, cuando viene, no viene porque me tiene cariño, porque quiere ayudarme en algo, simplemente quiere ver cómo estoy, nada más. Mi hijos también vienen, pero ellos también tienen su vida e igual, no hay confianza para pedir que me ayuden. Todo es distinto, yo vivo mi vida solo, lo cual es bueno y es malo. Creo que el hecho de que el marido esté enfermo, que ya no pueda trabajar, y que ya no tenga suficiente dinero para comprar las cosas necesarias para la casa poco a poco va molestando a la mujer. Ya no se pueden cubrir las necesidades de la casa, como hombre.

Pero, claro, también depende de cómo vivan las parejas, no todo es felicidad, siempre cada uno tiene su manera de ser, su manera de ver la vida. Aquí, las dificultades que ha causado el control de las autoridades, han pasado también en la relación con la pareja. Por ejemplo, mi señora casi no ha estado aquí. Tal vez unos días, pero eso después de meses o de años. Ella nunca ha estado permanentemente aquí. Pese a eso, también había reclamos de las autoridades respecto a esas horitas que pasaba aquí. Me recriminaban por tener a la señora aquí. Pero a veces veo que otras parejas sí lo hacen y son felices. Las señoras siempre andan por aquí y se van tranquilas. Claro que nadie sabe los pormenores de la vida de esas parejas. La vida íntima nunca se puede saber, sólo se ve lo de fuera, pero no sabemos los sentimientos de cada familia.

Proyecto de vida para mí ya no existe, ya no puedo hacer nada. El futuro sólo es la muerte. No me queda sino esperar lo que sólo Dios sabe. Hay mucha gente quizá como yo, sin futuro. Por eso el hospital debe mantenerse, pero debería cambiar. Hay mucha gente en los campos, las ciudades, por todas partes, que está enferma con la lepra. Tienen que venir a este hospital,

porque no tienen a dónde más ir. Entonces, si se cierran las puertas del hospital, esa gente se morirá por ahí, o tendrá que penar por otros hospitales. Pero cuando vengan acá tiene que ser para encontrar alegría. Para que se puedan contar otras historias. Hasta ahora la historia de las personas, sobre todo de las que han fallecido, ha sido de dolor, porque han venido de los campos y provincias con su estado avanzado, algunos sólo a morir aquí. Han dejado sus hogares y sus cosas.

Cada uno viene aquí a perder todo lo que tiene porque cuando uno está aquí enfermo todo se va perdiendo. Aquí uno tiene que conformarse con la estadía que nos dan y con un plato de comida. Los gobiernos nos han negado todo. Yo, por ejemplo, no he tenido ayuda. En 40 años, lo que me han dado es esta habitación, un solo cuartito; ahí mismo, la cama, sala, cocina. La única ayuda reciente es que el nuevo director me autorizó a venir a esta casa que construyeron las señoras que hacen caridad. Quizá los pacientes hubiéramos podido hacer algo diferente, pero no se puede. Uno no tiene ni la fuerza ni el coraje para pedir a las autoridades reconocimiento. Porque somos marginados de la sociedad, sobre todo de las altas autoridades, ellos son otras personalidades, a nosotros no nos escuchan.

Muchas veces nos amenazan con sacarnos de aquí, como si los hubiéramos molestado mucho a través de los años que hemos pasado aquí. Por eso cada vez tenemos más amenazas, que nos vayamos, que volvamos donde nuestras familias. A veces, ha sucedido que los familiares han pedido el apoyo de los medios de comunicación, pero luego la amenaza es peor. Ahora todavía estamos aquí, pero mañana no sabemos qué vaya a pasar con nosotros. Nosotros que no tenemos ya nada.

29 de septiembre de 2014